

cúpulo de Pedro de Vernón y de Eudo de Sulli. Su obra de escritor es abundante y variada. Todos los géneros en boga se ven allí representados; en primer término afirma haber compuesto en su juventud poesías ligeras, «bagatelas á la manera de Ovidio y cantos voluptuosos;» además tratados sobre la amistad y sobre la utilidad de las tribulaciones, sobre los caprichos de la fortuna, sobre la penitencia de los sacerdotes; un epítome de los *Dictamina* de Bernardo de Tours y, finalmente, sermones y epístolas.

Tuvo el mérito de defender las literaturas antiguas contra la severidad de ciertos teólogos. «A pesar de los ladridos de los perros y de los gruñidos de los puercos, escribe, no cesaré jamás de imitar á los clásicos. Constituirán mi ocupación principal, y en cuanto dependa de mí, el sol no ha de verme nunca ocioso.» Tiene por los ancianos el respeto y la consideración que les testifica Bernardo de Chartres en una metáfora famosa. «Somos como enanos izados sobre espaldas de gigantes, y gracias á ellos vemos más lejos que ellos mismos.» De esta manera se manifiesta en Pedro de Blois la transformación que producía, ya desde medio siglo, en las ideas y costumbres de los prelados el gusto de las letras profanas y de los estudios jurídicos.

Aun los curas sencillos, de los que se burlan los *fabliaux* (1) y á quienes reprochan los concilios por ignorantes y viciosos, se sienten contagiados de un espíritu nuevo. Uno de los más interesantes historiadores de la época de Felipe Augusto, el autor de la *Crónica de Ardres y de Guines*, el cura de Ardres, Lamberto, es un letrado y un erudito. Estudió los orígenes de su iglesia y su región. Enamorado de su campanario, diríase que para él todo el mundo se reduce á Ardres, su feudo minúsculo. Celebra, en la dedicatoria de su libro, la gloria de Arnolfo II, señor de Ardres, como si se tratara de César ó Alejandro. El señorío de Guines, á la vez vasallo de Francia y de Inglaterra, se hace bajo su pluma «una de las mejores perlas de la corona de Francia y uno de los diamantes que relampagueaban con vivo resplandor sobre la diadema del rey de Inglaterra.» El sitio del torreón de Sangate le recuerda el sitio de Troya: «Si Troya hubiera estado tan admirablemente defendida de soldados como Sangate, habría resistido á los griegos.»

Cita á la vez, en las primeras páginas de su *Crónica*, á Ovidio, Homero, Píndaro, Virgilio, Prisciano, Herodiano, Próspero, Beda, Eusebio y San Jerónimo. Cree escribir con buen estilo porque complica su frase de obscuras elegancias, pero tiene calor y movimiento y muchos de sus relatos resultan pintorescos. Historiador, es imparcial, y si abusa de la leyenda al rebuscar orígenes, es exacto describiendo lo que ha visto. Su crónica nos da una viva y real descripción de la pequeña feudalía. Busca documentos en los libros de historias y en los pergaminos de los archivos. El mismo afirma que, á falta de fuentes escritas, «ha interrogado á las personas de edad.» Finalmente, tiene el buen sentido de no querer componer, como tantos otros cronistas, una historia universal partiendo de Adán y Eva. Y hace notar por sí mismo que rompe esta tradición «para encerrar-

(1) *Fabliaux*, cuentos en verso narrados ó contados por los trovadores de la época.—(N. del T.)

se en los anales de un condado diminuto.» Buen ejemplo que merecía más imitadores.

De esta manera, aun entre las filas del clero inferior, donde no había podido penetrar la reforma eclesiástica de la edad precedente, comenzaba aquí y allá á brotar la luz. Y es que la Iglesia adquiría en las grandes escuelas cada vez más gusto por la vida intelectual.

III.—La escuela de París. Profesores y estudiantes (2)

Europa entera admiraba nuestras escuelas y, sobre todo, la de París. En 1169 la trata como potencia cuyo juicio debe hacer ley en Inglaterra. Con efecto, Enrique II, en su querrela con el arzobispo Tomás Becket, se ofreció á aceptar el arbitraje, «bien del tribunal del rey de Francia, bien del clero francés, bien de la escuela de París.» El abad de Bonne-Esperance, Felipe de Harvengt, escribía á muchos de sus amigos felicitándoles de poder estudiar en París: «¡Dichosa ciudad, donde son tantos los estudiantes, que su número casi llega á sobrepasar al de los habitantes laicos!» En este tiempo, afirma el historiador Guillermo el Bretón, florecían las letras en París. Jamás en ninguna parte del mundo, ni en Atenas, ni en Egipto, se había visto tan enorme afluencia de estudiantes.»

Los profesores y escolares de París figuran en primer rango en todas las fiestas y solemnidades de París en el reinado de Felipe Augusto. El primer emperador latino de Constantinopla, Balduino de Flandes, habría querido, para reformar los estudios de su imperio, maestros de París. Rogó al papa que se los proporcionara. Efectivamente, Inocencio III manifestó á la escuela de Francia los servicios que podría prestar en aquel país griego, cuya Iglesia finalmente, y después de una larga separación, acababa de unirse á la Iglesia latina. Diríase que la invita á emigrar en masa hacia Oriente. Le alaba la Grecia, «una tierra llena de plata, de oro y de piedras preciosas, donde abundan el vino, el aceite y el trigo.» Pero no fueron indudablemente muchos los doctores de París que se avinieron á dejar el *Petit-Pont* y la *Cité*, para ir á «leer» á orillas del Bósforo. Doce años más tarde el papa Honorio III hace igualmente llamamiento á los maestros de París, pero ya entonces se trataba de acudir nada más que al Langüedoc en servicio de la buena doctrina.

Si la Iglesia se mostraba orgullosa de su gran escuela, inmenso seminario de que Francia y Europa se servían, tan enorme aglomeración de clérigos en una ciudad sola era peligrosa para el orden público y la moralidad de los eclesiásticos. Foco de luz, pero no de buen ejemplo.

Muchos de estos estudiantes cosmopolitas eran clérigos vagabundos, *vagui scolares*, que por ganarse el pan

(2) OBRAS DE CONSULTA.—L. Delisle, *Les Ecoles d'Orléans aux XII^e et XIII^e siècles*, en el «Annuaire de la Société de l'histoire de France,» 1869. L. Maitre, *Les Ecoles épiscopales et monastiques de l'Occident depuis Charlemagne jusqu'à Philippe-Auguste*, 1866. C. Thurot, *De l'organisation de l'enseignement dans l'Université de Paris au Moyen âge*, 1850. Budinski, *Die Universität Paris und die Fremden an derselben im Mittelalter*, 1876. Haskins, *The life of mediæval students as illustrated by their letters*, 1898. A. Luchaire, *L'Université de Paris sous Philippe-Auguste*, 1898.

desempeñaban todos los oficios. Licenciosos, pilares de bodegón y tunos, los *goliards*, como se les llamaba entonces, engrosaban la turba de los charlatanes, componían en latín versos satíricos y báquicos, ó relataban en francés cuentos más que licenciosos. Un cierto número de nuestros *fabliaux* son obra suya. Ellos mismos se retratan en el cuento del *Povre clerc*, cuyo héroe, sin hogar ni fuego, pide su subsistencia á la caridad pública. «Había estudiado tanto tiempo en París, que por pobreza se vió reducido á salir de la ciudad. Nada tenía que empeñar ó vender. Bien pudo ver que no podía permanecer en la ciudad: malos habrían sido allí sus días. Y como no sabía á qué puerta llamar, valíale más dejar sus estudios. Púsose, pues, en camino para su país, al que deseaba volver; pero no tenía dinero, y esto le desconcertaba mucho. Desde el día en que este clérigo se fué, jamás volvió á comer ni beber. En una ciudad que encontró, entró en casa de un villano, y no había en ella más que la señora de la casa y su sirvienta. «Señora, dijo, vengo de la escuela y he caminado hoy con exceso. Mostraos, por Dios, cortés, y albergadme sin hablar más.» Y le albergan. Pero, como siempre, paga el dueño de la casa los gastos de la hospitalidad.» Maligno, jovial, pronto siempre á hurtar al burgués y seducir á la burguesa, tal aparece el clérigo escolar en la literatura y en la realidad.

Al servicio de los ricos estudiantes vivían criados laicos. En cierto modo participaban de los privilegios de sus dueños. En su mayor parte eran malos sujetos, «ladrones,» dice el dominico Esteban de Borbón, que estudiaba en París en los últimos tiempos de Felipe Augusto. Cuando iban los criados al mercado ó á casa de los revendedores por cuenta de sus dueños, encontraban el medio de ganar «hasta el 75 y con frecuencia el 400 por 100» sobre sus compras.

Los concilios fulminan en vano contra los clérigos de mala vida y les prohíben usar la tonsura, esto es, de pretender privilegios eclesiásticos; pero desde el reinado de Felipe Augusto la caridad privada se ocupa en fundar, en favor de los estudiantes pobres, asilos que les proporcionan los víveres y el cubierto. Este es el humilde origen de los colegios, de esos establecimientos de becas, de que poco á poco se irá llenando el París de la ribera izquierda.

El punto de partida de estas creaciones fué el acto caritativo por el cual en 1180 un burgués de Londres llamado Josce, volviendo de Jerusalén, compró una sala del *Hotel de Dieu*, de París, y fundó una renta suficiente á mantener y dar cama en ella á 18 clérigos escolares. En cambio se encargaban de velar por turno á los muertos del hospital, y de llevar la cruz y el agua bendita en los entierros. Más tarde saldrán del *Hotel de Dieu* y tendrán casa propia. Así se instituyó el primero de los colegios de París por la fecha, el de los *Dix-Huit*. Se había dado el ejemplo. Fundáronse otros colegios, como el de San Honorato, instituido en 1209 por la viuda de Esteban Bérot para 13 escolares pobres. Ya en esta época había sido creado otro asilo de refugio para estudiantes, Santo Tomás del Louvre, por cuanto sus administradores piden al papa Inocencio III, en 1210, permiso para construirse una capilla y un cementerio propios.

Los predicadores del tiempo no distinguían frecuen-

temente entre los buenos y los malos estudiantes. «Para beber y comer, dice uno de ellos, no tienen igual. Son devoradores en la mesa é indevotos en la misa. En el trabajo bostezan, en el festín no temen á nadie. Aborrecen la meditación de los sagrados libros, pero gustan de ver chispear el vino en sus vasos y tragan con intrepidez.» Aun los profesores no siempre daban buen ejemplo. Pedro de Blois habla en una de sus cartas de un maestro en artes, «convertido, dice, de dialéctico de primera fuerza en bebedor empedernido,» *egregium potatorem*; y apoyándose en cantidad de textos de las Santas Escrituras, abomina de la borrachera. Las asambleas de los profesores, como la obtención del grado de licenciatura por los estudiantes, eran ocasión de festines colosales. La *Cofradía escolar*, como todas las de la Edad media, gustaba de banquetear.

«¡Qué vergüenza!, dice Pedro de Poitiers; nuestros escolares viven en torpezas tales, que ninguno de ellos se atrevería ni siquiera á nombrar en su país. Dilapidan las riquezas del Crucificado con las cortesanas. Su conducta es una ignominia para maestros y discípulos, además de ser una deshonra para la Iglesia. Constituye el escándalo de los escolares laicos, la vergüenza de la nación y la constante injuria contra el Criador.» El canchiller Prévôtin de Cremona nos pinta á los estudiantes saliendo por la noche, armados, por las calles de París, destrozando las puertas de los burgueses y llenando los tribunales del rumor de sus escándalos. «Todos los días vienen mujeres á deponer contra ellos, quejándose de haber sido heridas, despojadas de sus vestidos y de haber tenido que tolerar que les cortaran sus cabellos.»

El espíritu de turbulencia y acometividad es el espíritu de la escuela en masa. Un predicador compara á los profesores, en sus querellas escolásticas, á los gallos erizados siempre para el combate. Y los discípulos imitaban en eso solo á sus maestros. Siempre estaban dispuestos á venir á las manos. Se ha sacado de un sermón inédito la siguiente frase de Felipe Augusto. Alguien hablaba de los estudiantes batalladores delante de él. «Son más atrevidos que los caballeros, dijo el rey. Los caballeros, protegidos de su armadura, vacilan en comenzar la lucha. Los clérigos, que no tienen ni casco ni coraza, con sus cabezas tonsuradas, se arrojan unos sobre otros haciendo jugar el cuchillo.»

En 1192 es muerto en una sarracina un estudiante á manos de los paisanos de la abadía de Saint-Germain-des-Prés, que habitaban terrenos del pequeño ó gran Pré-aux-Clercs. El abad, acusado ante el tribunal de Roma, tuvo que probar su inocencia y arrasar las viviendas de los asesinos. En 1200 estalla una zambra más grave entre los estudiantes y burgueses de París, amparados por los prebostes del rey, es decir, por la policía. Un clérigo de una gran familia alemana, que había sido propuesto para el arzobispado de Lieja, estudiaba en París por entonces. Al entrar en una taberna para comprar vino, riñe su criado con el tabernero. Recibe algunos golpes y le rompen la cántara en la reyerta. Los estudiantes alemanes se enfurecen y hacen suya la causa de su compatriota. Invaden la taberna y dejan medio muerto al tabernero. Pánico entre los burgueses. El preboste de Felipe Augusto, Thomas, seguido de burgueses armados, penetra en las casas de los clérigos alemanes para detener á los culpables que se resisten. Cinco uni-

versitarios, clérigos la mayoría, son muertos. Los profesores y los estudiantes se quejan en seguida al rey. Suspendrán el curso y saldrán de París si no se castiga á los asesinos.

Por aquellos tiempos, una huelga de escolares, el cierre de un curso, constituía una calamidad pública, casi una ofensa á la religión, un alto brusco en la vida eclesiástica. El rey de Francia hizo todo lo que se le pidió. El preboste de París y aquellos de sus cómplices que pudieron ser habidos fueron encerrados en la cárcel. Habiendo escapado una parte de los asesinos, hizo Felipe arrasar sus viviendas y sus viñas. Un poco más tarde rogaron al rey los estudiantes que dejara en libertad al preboste y demás detenidos, condenados á prisión perpetua, pero á condición de que se les remitieran los culpables para ser apaleados en una escuela, después de lo cual se les consideraría libres de pena. Pero Felipe Augusto respondió que su honor no consentía que hombres del rey fueran castigados por otros que por el rey. El preboste permaneció por largo tiempo en las cárceles reales. Finalmente intentó fugarse, valiéndose de una cuerda. Pero se le quebró la cuerda y él cayó de tan alto, que encontró la muerte en la caída.

Por las dos batallas de 1192 y 1200 se inicia la historia política de la Universidad de París.

IV.—El Papado y el movimiento universitario. Los comienzos de la Universidad de París (1)

La importancia de las asociaciones poderosas y privilegiadas de los estudiantes era tan grande á fines del siglo XII, que al Papado le pareció bien apoderarse de esta fuerza para gobernarla.

Ya por entonces era dueño de la Iglesia en Francia como en todos los demás países cristianos. La correspondencia de los papas, y la de Inocencio III especialmente, demuestra que el clero francés ha perdido su independencia. Por la apelación á Roma, la curia romana era el tribunal en que finalizaban todos los procesos. Roma se convertía, como se dijo justamente, «en verdadero campo de batalla para los pleiteantes, en una especie de despacho europeo, donde, rodeados de notarios, escribanos y empleados de todas categorías, nadie se ocupaba en otra cosa que en pleitos y negocios.» La Santa Sede suspendía, modificaba y casaba las sentencias dadas en Francia por el episcopado. La autoridad de los obispos se veía minada además por la abundancia de privilegios que libertaban del diocesano los monasterios y los capítulos.

Por otra parte, el propio clero apresuraba su esclavitud, acostumbándose á recurrir al papa como á única fuente de toda autoridad y toda luz. Obispos y abades consultaban á Inocencio III, no solamente sobre cuestiones de dogma y disciplina, sino sobre puntos mínimos de derecho y hecho. Por ejemplo: se preguntaba

(1) FUENTES.—Denifle et Chatelain, *Chartularium universitatis Parisiensis*, t. I, 1890. *Cartulaire de l'Université de Montpellier*, t. I, 1890.

OBRAS DE CONSULTA.—Además de las citadas en el párrafo precedente, C.-V. Langlois, *Les Universités du Moyen âge*, en la «Revue de Paris», 15 de diciembre de 1895. Denifle, *Die Universitäten des Mittelalters bis 1400*, 1885. Hastings Rashdall, *The Universities of Europe in the Middle Ages*, 1895.

al papa qué penitencia debía imponerse á un monje culpable de haber administrado á una mujer enferma de un tumor en la garganta un remedio que la dejó morir. Un clérigo hería á un ladrón entrado en su casa por la noche: ¿qué satisfacción debía dar? Se rogaba al papa que decidiera aun en cuestiones de pura gramática. Inocencio III responde á todo. Obra y piensa para todo el mundo. Ordena los detalles de la observancia monástica hasta preocuparse de la forma y amplitud de las cubiertas de los lechos. Para que fuera absoluto el poderío del Papado sobre el episcopado, sólo restaba al papa hacerse con el nombramiento de los obispos. Jamás Inocencio III se atrevió á pretender que le fuera debida esta facultad. Pero, de hecho, más de una vez hizo desaparecer los candidatos que no eran de su gusto y substituir oficiosamente por sus protegidos las personas nombradas de los electores (2).

Era inevitable que el Papado quisiera entender en las grandes escuelas donde los clérigos se preparaban para el sacerdocio.

En 1179, el tercer concilio de Letrán, presidido por el papa Alejandro III, en su decreto 18.º tomaba una resolución de extrema importancia: «Cada iglesia catedral deberá mantener un maestro encargado de instruir gratis á los clérigos de iglesia y á los escolares pobres.» Se trata de la enseñanza gratuita, por lo menos para aquellos que no pueden pagar. «Se prohíbe á las personas que tienen el cargo de dirigir ó vigilar las escuelas (es decir, á los cilleres y maestrescuelas) que exijan de los candidatos al profesorado una remuneración cualquiera por la otorgación de licencias.» Esto es, el profesorado gratis. Finalmente: «Prohibición de negar la licenciatura á los que la piden y son dignos de ella.» La libertad de enseñanza hasta cierto punto. El decreto 11.º del cuarto concilio de Letrán, habido por Inocencio III en 1215, reproduce idénticas prescripciones. Decide además que en cualquiera iglesia de arzobispado ó iglesia metropolitana se creará un *Theologus*, encargado de enseñar teología á los curas de la provincia eclesiástica y de vigilar el ejercicio del sacerdocio parroquial. El Papado, por medio de estos dos decretos, quería completar, regularizar y unificar la organización escolar que se había establecido poco á poco, como creación aislada y espontánea, en multitud de diócesis francesas durante los siglos XI y XII. Hablando en general, la libertad de abrir un curso, la disposición relativa á la «licencia de enseñar» era una suerte de franquicia.

Ordenando por este modo el ejercicio de tal derecho, el papa atendía sobre todo á las grandes escuelas, *studia generalia*. Llamábanse de esta suerte aquellas en que se enseñaba el conjunto de las ciencias entonces conocidas. En primer lugar, «las artes liberales,» el «trivio» y el «cuadrivio,» base inamovible del edificio escolar desde los carlovingios. En segundo lugar, los estudios más especiales y de carácter profesional: la medicina (*physica*), el derecho civil (*leges*), el derecho canónico (*decretum*) y la teología (*sacra pagina*). Estudiantes de artes ó «artistas,» médicos, legistas, teólogos y decretistas, todos los que se daban al sacerdocio ó á las profesiones que llamamos nosotros «liberales,» se

(2) Véase más arriba, pág. 98.

reunían preferentemente en determinadas ciudades. París, Orléans y Angers al Norte; Tolosa y Montpellier al Mediodía, eran en tiempos de Felipe Augusto las grandes villas escolares. Pero ya alguna de estas escuelas sobresalía en especialidades que atraían á los franceses y á los extranjeros. En París la dialéctica y la teología. En Orléans el derecho civil y la retórica. En Montpellier la medicina. Ante la creciente prosperidad de estas escuelas, la de Chartres y la de Reims, que habían tenido su período de gloria en el siglo XI, declinaron hasta desaparecer. Pasarán poco á poco al rango de seminarios locales.

A fines del siglo XII y comienzos del XIII, las colectividades escolares se organizan en poderosas corporaciones, universidades de profesores y discípulos, *Universitates magistrorum et scholarium*. Los elementos de las universidades existían con gran prioridad á la formación de estos cuerpos. La comunidad de sentimientos, de ideas y de método científico unían desde mucho atrás la población de las escuelas. Principalmente las de París habían comenzado á tener conciencia de su unidad intelectual el día en que un profesor como Abelardo había conseguido agrupar alrededor de su cátedra la juventud de Francia y de Europa entera. En este sentido, la Universidad de París era un hecho desde el segundo tercio del siglo XII.

Pero únicamente á principios del siguiente siglo los órganos de este gran cuerpo se mencionan en los textos. La asociación de los profesores aparece en una acta del papa Inocencio III, de 1207 y 1209; y la de los escolares en una acta episcopal de 1207. En 1221, en una bula del papa Honorio III, se trata del sello que la corporación de profesores y estudiantes han hecho fabricar «recientemente» para su uso particular. Indudablemente la corporación general tenía, ya por entonces su jefe y su director «capital,» en 1200, año en que recibió del rey de Francia su primer privilegio conocido, porque en esta carta Felipe Augusto comprende evidentemente bajo la denominación de *scholares* todo el personal de la gran escuela de París: profesores y estudiantes. Las facultades, grupos de escolares y profesores pertenecientes á una misma especialidad, comienzan á ser mencionados con sus jefes ó «procuradores» á partir de 1219. En cuanto á las «naciones,» es decir, á las asociaciones universitarias por países de origen, no se habla de ellas por primera vez hasta 1222.

Las dos actas más antiguas que emanciparon y reglamentaron la universidad de París emanan una del rey de Francia, la otra del Papado.

La carta real de 1200, concedida por Felipe Augusto á continuación de la algarada de que más arriba hemos hablado, arrebató la universidad á la jurisdicción civil para someterla exclusivamente á los jueces de la Iglesia. El preboste de París no podrá poner la mano sobre un estudiante más que en caso de flagrante delito. Deberá detenerle, sin maltratarle, á menos de resistencia violenta; y no lo detendrá más que para entregarle en seguida á la justicia eclesiástica. Si no se hallan jueces disponibles en la hora del arresto, se guardará al delincuente en la casa de otro escolar hasta que pueda ser juzgado. El jefe ó director de la universidad no podrá ser detenido por los agentes del rey sin algún pretexto. Únicamente los jueces de Iglesia tendrán el derecho

de ponerle en estado de arresto. Aun los sirvientes ó criados laicos de los escolares tienen sus privilegios. Los soldados del rey no les pueden echar mano más que en caso de evidente delito. Pero igualmente es necesario que se proteja á los estudiantes contra la malquerencia de los burgueses de París. Estos deberán jurar que, cuando vean un estudiante maltratado por un laico, no vacilarán en servir de testimonio en juicio. Si el escolar fuere atacado á mano armada, á bastonazos ó á pedradas, el laico testigo del accidente estará en la obligación de detener al que ataca para entregarlo á la policía del rey. Última precaución: el preboste de París en ejercicio y los burgueses de París deberán jurar, en presencia de la universidad, que de buena fe observarán las cláusulas de este privilegio; al advenimiento de un nuevo preboste se renovará idéntico juramento.

He aquí, pues, la universidad con instituto propio, independiente del municipio y privilegiada en el Estado. El cardenal legado Roberto de Courçon le dió, en agosto de 1215, su primera ley constitutiva.

Se fija para la enseñanza de la teología, como para la de las artes liberales, una condición de edad. El profesor teólogo deberá contar treinta y cinco años y llevar por lo menos diez de estudios teológicos. No se le admitirá si no se le conocen buena vida y costumbres y una capacidad demostrada. Para ser admitido en artes deben contarse veinte años, llevar seis de estudios y poseer la licenciatura. Por otra parte, no se permite abrir un curso por el único placer de dar algunas lecciones, á menos de desaparecer en seguida. El profesor debe comprometerse á enseñar por lo menos durante dos años.

El estudiante, hecho profesor de artes, debe tener un porte decente, en armonía con la profesión sacerdotal que le informa. No llevará sino una capa larga de un color oscuro, y descendiendo por lo menos hasta los talones. Cumplirá otro deber de conveniencia, al que parece que escapaban con frecuencia los estudiantes: la asistencia á los obsequios de los miembros de la corporación. A la muerte de un estudiante, la mitad de los profesores de la facultad á que pertenecía formaban en el entierro. A un nuevo muerto tocaba el turno á la otra mitad. El legislador que establece esta especie de turnos tiene buen cuidado de consignar que los asistentes no podrán marcharse antes de acabarse la ceremonia. Cuando se trata de los obsequios fúnebres á un profesor, todos sus colegas deben asistir á la vela que tendrá lugar hasta media noche y «aun hasta hora más avanzada.» El día del entierro todo el curso asiste.

«Es necesario que todo escolar tenga un médico al que adherirse.» Esta medida se tomaba contra los seudo estudianres que no seguían curso. Además «es necesario que todo maestro tenga jurisdicción sobre su escolar,» *forum sui scholaris habeat*, indicio éste de los lazos establecidos entonces entre los profesores y sus discípulos. El profesor es su director, su juez; el responsable de su conducta, con derecho de corrección. Es á la vez para ellos maestro y magistrado.

Maestros y estudiantes gozan del derecho de confederarse entre ellos ó con quienes les plazca; de formar ligas juramentadas en circunstancias especificadas netamente: cuando un universitario ha sido herido ó muerto; cuando ha sufrido una grave injuria ó se le ha negado justicia; cuando se trata de fundar sociedades de